

el escritor suicida que pregonó durante más tiempo su intención de morir y su desesperación por ser materialmente incapaz de suicidarse. *Cartas desde el infierno* es un volumen que recoge poemas como el precedente, además de cartas que mantuvo con quien quiso cartearse con él y breves ensayos verdaderamente filosóficos que se cuestionan la voluntad de morir. Prácticamente en todos los textos aparece la idea del suicidio. Es sobrecogedor, todavía más pensando que tenía que escribir con la boca, agotado por el esfuerzo y que de sus largas horas enfrentado al papel en blanco que colgaba frente a su cabeza lúcida surgieran palabras como las que recoge el libro: «Y no me dejan ser ni muerto ni vivo / estos locos y alucinados desquiciados.» Son los versos finales del poema *¿Y cómo hablo de amor si estoy muerto?* El sentimiento desgarrado se modera en los ensayos cortos que van flanqueando a lo largo del libro los versos doloridos: «La persona que acepta su propia muerte lo hace porque intuye alguna forma de trascendencia. Puede resultarte inexplicable. Pero mantener en los individuos el temor psicológico al castigo por actuar libremente llega a ser la forma más eficaz de dominarlos. Y también la de destruirlos.

«Cuando la muerte voluntaria tiene como único fin liberarse de un sufrimiento dramático, siempre sobrevive como trascendente un acto de la bondad humana, que es la única forma de acceder al nivel de una bondad divina»²⁰. Toda su escritura es un grito de auxilio solicitando precisamente –paradójicamente, para muchos– la muerte.

Sin embargo, si en muchos suicidas podemos observar rasgos que insinuaban su final, hay otros muchos que han coqueteado en los escritos con la idea de la autodestrucción y no la llevaron finalmente a cabo. Uno de los grandes lúdicos de la literatura española es Ramón Gómez de la Serna, quien en su libro *Senos*, en uno de los fragmentos de *Disparates* titulado «El suicida», escribió un *divertimento*:

Siempre estaba abriendo libros nuevos, como interminable guillotina...: ras y ras y ras y ras... Nunca acababa de abrir libros...: ras... ras... ras... ras... interminablemente.

Su cortapapeles era fuerte y afilado, uno de esos cuchillos de campo cuyo puño es una pata de ciervo impregnada de su bondad nativa, en contraste con la crueldad de la hoja.

Ras, ras, ras...: más libros.

Ras, ras, ras...: más libros.

²⁰ Ramón Sampedro, *Cartas desde el infierno*, Barcelona, Planeta, 2004.

Cansado de abrir tantos libros, y sin tiempo para leerlos todos, se mató con el cortapapeles²¹.

Esconde, sin embargo, un leve tinte de angustia existencial el suicida que no puede leer todos los libros que quisiera y con el arma en la mano decide morir. Otro de los escritores que evoca el suicidio reiteradamente es Miguel Hernández, a quien le sobraba el corazón cuando escribía versos con claras referencias fatales:

No puedo con mi estrella.
Y me busco la muerte por las manos
mirando con cariño las navajas,
y recuerdo aquel hacha compañera,
y pienso en los más altos campanarios
para un salto mortal serenamente.

Quien se buscaba la muerte por las manos, acabó enfermo en una cárcel franquista, recordando la República y pensando en el hijo. Gómez de la Serna acabó en Buenos Aires, muy lejos de su Rastro querido, buscando publicaciones que acogieran sus veteranas greguerías.

La poesía es quizá el género que predispone en mayor medida a la reflexión sobre la muerte. Pero es muy probable que la tendencia religiosa del país haya llevado a una actitud comedida de los escritores españoles ante la opción del suicidio. Podemos realizar incluso un pequeño ejercicio comparativo: observar el final de las grandes heroínas realistas. Todas ellas encaraban los problemas drásticamente. La atormentada Anna Karenina, se lanzó a un tren y la también torturada Emma Bovary bebió veneno que acabó con su vida debilitada. Eran actos convertidos en una especie de redenciones finales, sacrificios humanos. Sin embargo, la literatura española, más reacia a matar a sus heroínas, salva a Ana Ozores. En efecto, la adúltera de Clarín no se mata, no renuncia a su vida y acaba tirada en el suelo de una iglesia, derrotada, superada, pero no muerta. Indudablemente, la religión ha tenido siempre en la literatura española un papel fundamental. En estos términos, parece que el escritor español está más tentado que convencido.

Es indudable que numerosos personajes de la literatura española acaban suicidándose. Desde que en *La Celestina* (1499) Melibea se

²¹ Ramón Gómez de la Serna, *Obra completa*, Barcelona, Circulo de Lectores.

lanzara al vacío desde el torreón de su casa por amor a Calixto y por despecho, muchos personajes de obras españolas se han suicidado. En la literatura contemporánea del siglo XX, concretamente en las novelas de preguerra, novelas de tendencia crítica, los personajes se suicidan al no encontrar una solución a sus problemas. Es el caso de Álvaro Jiménez, el protagonista de la tercera novela de Carranque de Ríos, *Cinematógrafo* (1936)²², quien se lanza por el Viaducto madrileño atormentado por un mundo materialista que lo supera. También en la novela de posguerra hay personajes suicidados, pero ocurre que no suelen ser protagonistas. En *Nada* (1944)²³, de Carmen Laforet, muere Román, el tío misterioso y bohemio de la apocada protagonista, mientras que en *La colmena* (1951)²⁴ moría ahorcada la madre de uno de los personajes homosexuales de la novela. El suicidio de posguerra es la renuncia escondida, el acto impuro, la salida desesperada.

Se escandalizaba Rosa Montero en un artículo reciente de la elevada tasa de suicidios en la época contemporánea. Las palabras finales de su artículo titulado «El suicida egoísta» son significativas de su posición: «Algo debemos estar haciendo muy mal para matarnos tanto, y el problema no parece ser la dureza de la vida, sino el endurecimiento fatal de los sentimientos»²⁵. Y, sin embargo, los escritores que se suicidan no endurecen los sentimientos, sino que los llevan a flor de piel y viven atormentados por no saber cómo adiestrarlos. De hecho, la relación entre los escritores y el suicidio se explica, en la mayoría de ocasiones, porque se han visto desbordados por emociones vibrantes, aturcidos por la fuerza de unas pasiones que los ha superado. En muchas ocasiones la palabra era la redención, como en estos versos de Alfonso Costafreda:

Y en la fe de mi verso sabiendo, sin vacilar afirmo
el absoluto sentido de la vida
en una tierra sin sentido²⁶.

Y cuando concluían que estaban viviendo en una tierra sin sentido tenían que escribir o morir. Y unos llegaron a tiempo a la pluma, pero a

²² Andrés Carranque de Ríos, *Cinematógrafo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1936.

²³ Carmen Laforet, *Nada*, Barcelona, Destino, 1999.

²⁴ Camilo José Cela, *La colmena*, Madrid, Noguer, 1986.

²⁵ Rosa Montero, «El suicida egoísta», *El País Semanal*, 24-10-2004.

²⁶ Alfonso Costafreda, «Versos escribo», *Ocho poemas, recogido en Partidarios de la felicidad*, de Carme Riera, Barcelona, Círculo de Lectores, 2000.

otros se les puso la pistola por delante. Y entonces unos escribieron y para otros llegó el frío y agusanado silencio.

Estudios sobre el suicidio

- ANDRÉS, Ramón, *Historia del suicidio en Occidente*, Barcelona, Península, 2003.
 BROWN, RON M., *El arte del suicidio*, Madrid, Síntesis, 2002.
 DURKHEIM, Émile, *El suicidio. Estudio de sociología*, Madrid, Losada, 2004.
 GUILLON, Claude e Yves Le Bonniec, *Suicidio. Técnicas, historia, actualidad*, Barcelona, A. T. E., 1983.
 MISRAHI, Alicia, *Adiós mundo cruel. Los suicidios más célebres de la historia*, Barcelona, Océano, 2003.
 SZASZ, Thomas, *Libertad fatal. Ética y política del suicidio*, Barcelona, Paidós, 2002.
 TIJERAS, Eduardo, *El estupor del suicidio*, Madrid, Editorial Latina, 1980.

Otras fuentes utilizadas

- BURGOS, Carmen de, *El suicida asesinado, La novela corta*, nº 339, junio, 1922.
 CARRANQUE DE RÍOS, Andrés, *Cinematógrafo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1936.
 CASTILLA DEL PINO, Carlos, «Otto Weininger o la imposibilidad de ser», prólogo a *Sexo y carácter*, de Otto Weininger, Barcelona, Península, 1995.
 — *Un estudio sobre la depresión*, Barcelona, Península, 2002.
 CELA, Camilo José, *La colmena*, Madrid, Noguer, 1986.
 CRUZ, San Juan de la, *Poesía*, Madrid, Cátedra, 1989.
 EURÍPIDES, *Medea*, Barcelona, La Magrana, 1994.
 GANIVET, Ángel, *Epistolario*, ed. Francisco Navarro y Ledesma, Madrid, Biblioteca Nacional y Extranjera, Leonardo Williams Editor, 1904.
 HERNÁNDEZ, Miguel, *La savia sin otoño. Antología poética*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1991.
 LAFORET, Carmen, *Nada*, Barcelona, Destino, 1999.
 LARRA, Mariano José de, *Artículos de costumbres*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968.
 LEE, Felicia R., «Se retiran pronto, pero sin cortesía, a la noche eterna», *The New York Times / El País*, 10-6-2004.
 MONTERO, Rosa, «El suicida egoísta», *El País Semanal*, 24-10-2004.
 NELKEN, Margarita, *Mi suicidio, La novela corta*, núm. 474, diciembre, 1924.
 PANERO, Leopoldo María, *Poesía completa, 1970-2000*, Madrid, Visor Libros, 2001.
 RIERA, Carme, *Partidarios de la felicidad*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2000.
 SAMPEDRO, Ramón, *Cartas desde el infierno*, Barcelona, Planeta, 2004.
 VV. AA., *Suicidas. Antología*, Madrid, Editorial Ópera Prima, 2003.